

# Cosquillas

30  
CÉNTIMOS

UNA DONCELLA MODERNA, por Demetrio.

—Esta señora que tengo ahora no sabe serlo. Por lo menos, es lo que me dice el señor: “que yo hago mejor de señora” que su misma mujer.





## Las muchachas del cine

Una escena de la película cómica de lujosa presentación

# UNA MUCHACHA REBELDE

Fotografía de «La Metro Goldwyn»

R.4918

# COSQUILLAS

## REVISTA COMICO SATIRICA

Aparece los sábados

Administración:

CENTRAL ADMINISTRADORA

DE

PUBLICACIONES Y EDICIONES

Paseo del Dr. Esquerdo, 6. Tel. 22.175.

Toda la correspondencia al Ap.º 9.035

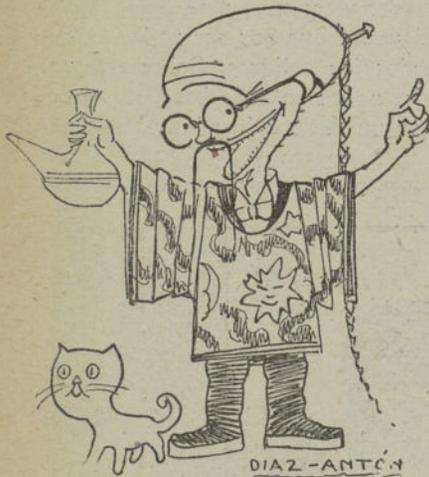
Precio del ejemplar: 30 cts.

Director: INCORDIEZ

Año II

Madrid, 22 de Enero de 1927

Núm. 17



### Incoherencias

por el

### “Chino desconocido,”

También se llaman altramuces.

\*\*\*

¡Eso de que de noche todos los gatos son pardos, es mitad y mitad!

\*\*\*

A caballo regalado no le mires el diente ni le preguntes la hora que es.

\*\*\*

No debes maltratar al sastre, a pesar de la razón que te asiste. ¿Qué culpa tiene él de que entre ellos exista la absurda costumbre de intentar el cobro de la factura?

\*\*\*

No te importe lo que murmuren de ti, porque te laves los pies de vez en cuando.

\*\*\*

Hay cosas que no deben echar en cara, como no sea a una desconocida.

\*\*\*

Safo va todas las noches al *Cabaret*. Y Narciso también.

\*\*\*

Y el padre de Narciso.

\*\*\*

Puede resultar elegante el exclamar cuando empezamos a aburrirnos y a bostezar. ¡Ay, qué vaguería!

\*\*\*

¡Pero no se lo vayas a contar tú misma al marido de ella!

\*\*\*

Si él no lo sabe, merece tu respeto. Pero si es que se hace el distraído, coge los trastos y brinda.

\*\*\*

### Más chistes venenosos

El chiste de moda:

—¿Saben ustedes en que se parece La canastera (léase la grippe) al número II?

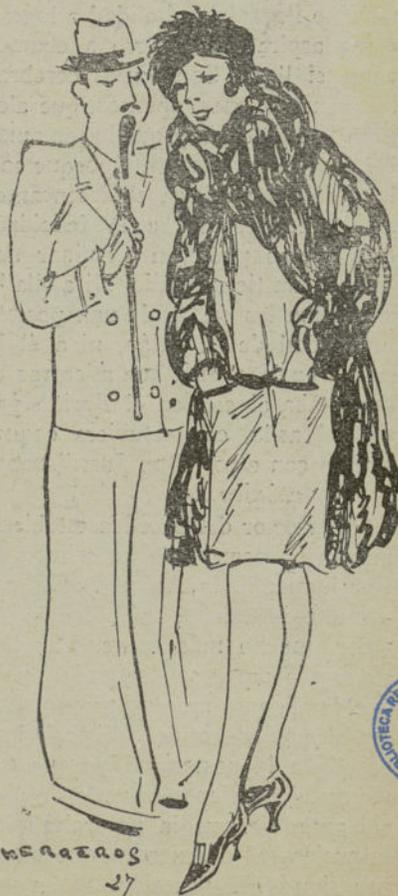
—Pues en que empieza con uno y termina con uno.

\*\*\*

Este número ha sido revisado por la censura.

—En qué se parecen una ternera y Murcia?

—En que las dos tienen “Caravaca”.



El.—Con dos billetes de los grandes tendríamos para pasar viajando una semana deliciosa. ¿Qué le parece?

Ella.—Que lo único que me gusta del viaje son los billetes.

Dib. de Herreros



### El sagrado de las ilusiones

Esa pobre octogenaria que se ha suicidado en un asilo de ancianos de París, porque el director, hombre de ciencia, pero bruto (cabe perfectamente el maridaje), la prohibió un dulce "flirt" iniciado con otro asilado varón de la misma edad y circunstancias, merece todos mis respetos. A los ochenta años, en efecto, puede uno enamorarse. ¿Por qué no? No llegará la vitalidad a lograr otras aspiraciones; pero a enamorarse sí llega. Son ansias cerebrales, lucubraciones, apetitos, que alegran la existencia y que hacen amable el vivir precisamente porque con la posesión no llega el desencanto. Aspirantes eternos a la felicidad, esos viejos pudieron terminar sus días en un tierno idilio. Ni a ella la asaltarían las dudas de una posible infidelidad de su galán, ni a él le cabría en la cabeza que mientras él dormitaba al sol, en el florido patio del asilo, ella estuviera coqueteando con otro "Don Juan" babosuelo y atáxico...

El director del benéfico establecimiento ha perpetrado un crimen de lesa humanidad. ¡Ahí es nada, matar una ilusión! Y una ilusión de amor, mucho más grave. Las ilusiones de amor son sagradas, porque fatalmente mueren pronto. Los grandes amadores de la historia han pasado a la posteridad porque tuvieron el excelente acuerdo de morir antes de que la naturaleza les impusiera el desencanto que siempre sigue a la posesión. Si en vez de suprimirse románticamente se fugan para, sin estorbos, ser el uno del otro, un día y otro día, a la vuelta del tiempo o se arañan o se di-

vorcian. Lo dijo nada menos que un obispo: "Siempre perdistes, cansan". Los ancianos del asilo de París no tenían medio de guisar su perdiz, y la hubieran acariciado de por vida oyéndola cantar en sus corazones. El remordimiento amargará las alegrías que pueda prometer-

se ese doctor, tan inhumano y torpe.

Igual eco piadoso ha despertado en todas las conciencias el caso de la peinadora que quiso ser madre. La letra de la ley la condena, y la absuelve el espíritu público.

Por cierto que un mi amigo, no tan viejo como el octogenario de París, ni tan joven como la Chelito, ha deducido del caso de la peinadora una consecuencia genial, que le ha de acarrear algún disgusto.

Algo filósofo, mi amigo opina que si el sentimiento de la maternidad es sagrado, el sentimiento de la paternidad es también floración perfumada de los corazones sensibles. Si el pueblo absuelve y cuasi canoniza a la hembra, que por ser madre se decide a todo, ha de absolver y canonizar, en buena lógica, al varón que por ser padre afronta todos los peligros. Sobre esta teoría, no carente de base, mi amigo, con un desenfado admirable, aspira



¡CUALQUIERA LAS ENTIENDE!, por Montero Bosch.

—Si él supiera que cuando yo le rechazaba se lo decía para todo lo contrario...

a la corona del martirio. Casado y sin sucesión, desde que ha leído en los periódicos el elogio a la conducta de la peinadora, no hace otra cosa que perseguir doncellas. "¡Yo quiero ser padre!", grita a toda hora y en todo lugar. "¡Yo quiero ser padre!". Y a este grito irrumpe en el cuarto de su cocinera, en los cafés servidos por mujeres, en los "cabarets" más distinguidos, en las plataformas de los tranvías, y siempre a su alrededor el espanto...

\*\*\*

Inútil todo razonamiento para convencerle y aplacarle. "¡Yo quiero ser padre!", repite. Y con el ardor de un cruzado se apresta a conseguir su propósito sin curarse de

guardias ni de esposos, de leyes ni de conveniencias...

Su cónyuge me llamó a consulta. Quería recluirle en un manicomio. Había pensado solicitar el divorcio por las leyes civiles y canónicas.

Yo la he dicho que no, que le deje, que no se preocupe. Es viejo. Se trata de una lucubración. Del querer al poder media siempre un abismo.

Y ella se ha venido a razones. Me ha bastado para convencerla poner ante sus ojos el drama de los asilados de París. La ilusión es sagrada. El que mata una ilusión es reo de lesa humanidad. Tan sólo vivimos de ilusiones...

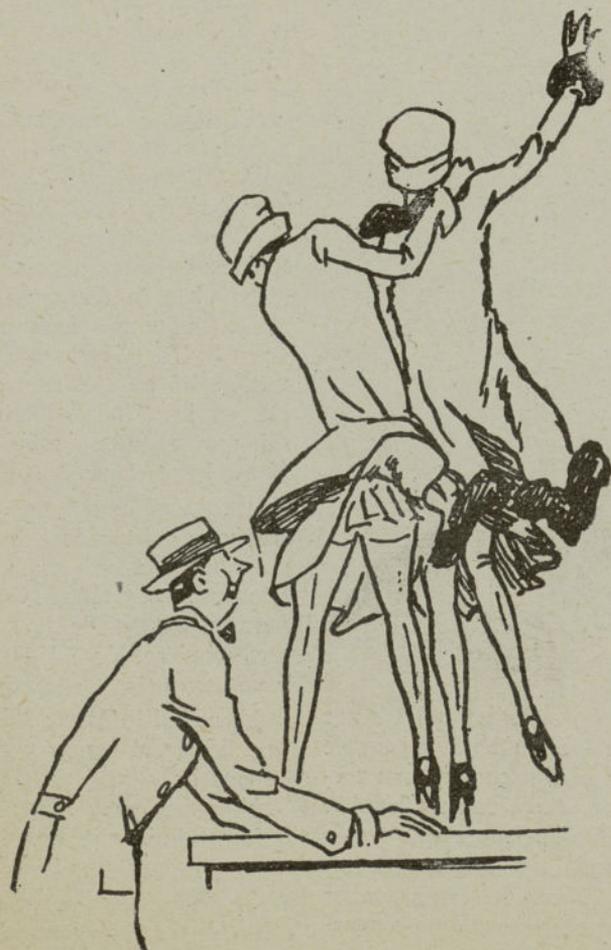
LEOPOLDO BEJARANO.



HERREROS  
27

AL OTRO LADO DE LA TAPIA,  
por Herreros

—¿Pero aquéello es un burro?



El.—Señoritas; soy representante de la mejor casa de ropa interior y les ofrezco mejor género.  
Ellas.—¡Grosero!

## Amores de novela

Leyendo una novela muy bonita se pasaba las noches Margarita y en su infantil desvelo así clamaba al cielo:  
—¿Cuándo, ¡Dios mío!, cuándo por la noche a mi reja vendrá un apuesto Armando a cantarme su queja?  
—¿Cuándo, cual la heroína de este cuento tendré un amante que con tierno acento me llame su ilusión, su Margarita, y me pida una cita a la luz de la luna que es testigo que a nadie inoportuna?

La crisálida, al fin, fué mariposa, y sus sueños de rosa se cumplieron, pues vino el tierno amado tantas veces soñado y a la cándida y bella Margarita le pidió al fin la cita a la luz de la luna, que es testigo que a nadie inoportuna.

Y la niña acudió; y hoy que el amante, deshojada la flor, ya no la cela maldice con dolor el loco instante en que quiso ser héroe de novela...

UN GATO DE LA CORTE



# Cosas de Belorcio

Una aventura de Fritz Mayer

—¿Me permiten ustedes que les presente a mi amigo Herr Fritz Mayer, de Bremerhaven (Alemania), que puede contarles algo muy curioso?... Muchas gracias. Pasa Fritz, y saluda a estos señores...

—Muy puenas tarrdesss...

—Sin miedo hombre. Ninguno de estos caballeros muerde; por lo menos a tí y a estas horas... Anda, Fritz, cuéntanos el maravilloso caso que te ocurrió en Berlín, en casa de tu buen amigo Otto...

—El caso está que no se si me antanderan estos señores... Yo no maneja bien la lengua aquí a España...

—Puen bien; no te preocupes, y habla sin temor, que yo estaré al quite, por si te equivocas.

—Pueno; siendo así, contaré...

—Venga, que escuchamos.

—Astaba yo a Bremerhaven en una muy mocho demasiado lamentable situación, sin un mal pasado de pan que meterme a la boca. Antonses ascribí a mi moy mocho puen amigo mío, Otto, que estaba a Berlín con su muquer Elsa, di-siéndole que yo me estaba moy mocho desgrasiado y que me solitaba su ayuda. Antonses mi puen amigo Otto, ma escripió una esta carta que yo me conserva y que voy a leer completamente toda ella: "¡Ah, mi moy mocho querrido amigo mío Fritz!: Te veo menear-te toda tu cabesita desesperrada, cuando tengas resibida esta carta. Perro no dudes de mí, Fritz, no dudes. Yo estoy tan desgrasiado que tú, Y mi pobre desgrasiada Elsa se está tan desventurrada que tú y que yo cuntos... Son tres meses que yo estoy despedido de mi ofisina; nuestros pobres escasos ahorritos se están agotados todos

ellos... Aunque te estés tan bruto que antes, tú te serás comprendido, ¿verdad, Fritz? Perro he hablado con Elsa y te desimos: "Ven a Berlín, Fritz; un huevo que yo tenga, tú te chuparás el medio. Sabes que se está bueno del todo, amigo de ti, Otto Matte."

Antonses yo me fui a Berlín a la casa de Otto y de Elsa. ¡Oh, qué espantoso horripale cuadro que yo me estuve presensiado! Mis po-



bres amigos se tenían por senar un tortilla de un sólo miserable huevo y partieron conmigo su tortilla. Yo me estaba con un hambre kolossal y se le conose que comía moy demasiado de prisa, que me dijo Otto: "Despasio, Fritz querrido; no te estés bestia ni sinvergüenso. Hay que dejar esta medio tortilla por mañana. Y cogió el medio tortilla y la guardó en el alaseña. Antonses dijo Elsa: "Fámonos a la cama." Se estaba muy

mocho demasiado guapa Elsa, carramba. Mi querrido amigo Otto, dijo también él: "Sí, íámonos a la cama." Y yo no veía más que solamente una cama. "No te apurres, hombre"—dijo antonses, mi muy buen querrido amigo Otto—"tu te dormirás con nosotros también." Yo antonses pegué un bote, que si se le pega un hocalaterro le premian, pero Otto, dijo aún: "Nos acostaremos los tres; tú a un lado, al otro lado Elsa y an medio de tú y Elsa, yo." Todavía fui yo un poquito resistente. Antonses, Otto, me dijo muy serrio: "No te tenyas miedo de nada; nuestra triste desgrasiada situación nos obliga a ser como hermanos solamente Elsa y yo; matrimonio solamente de nombre; no se come pien, pues, no puede ser otra cosa." Elsa, bacó los ojos moy mocho colorrada y herrmosa toda ella, y poco después, los tres nos erámos metidos a la cama. Otto, se estuvo dormido prontamente, perro yo no podía ser dormido. Y suspirraba. Elsa, suspirraba también y se daba vueltas y mochas demasiadas vueltas a la cama. Otto, dió un grande ronquido kolossal. Y Elsa suspiró moy bajito: "¡Ay, Fritz!" Y yo turré otro sospiro: "¡Ay, Elsa!" Antonses llamaron a la puerta del piso; Otto se despertó. Y volvieron a llamar muy fuerte y dijo una vos: "¡Un telegrama!" Antonses Otto, saltó todo él fuerra de la cama y dijo: "Es posible que sea de mi madre que se está enferma." Y salió por el pasillo.

Antonses, como nos estabamos tres y se había sido marchado uno, nos quedamos a la cama nada más que dos: yo y Elsa. Elsa se corrió para el sentro de la cama y dió otro sospiro. Y yo di otro sospiro, y yo otro más, y ella otro más...

Y ma dijo Elsa: "Fritz tiene que firmar el resibo y el despacho se está lejos."

Y la dije yo a Elsa: "¿Qué me quieres desir con esto, Elsa?"

Y Elsa ma dijo a mí: "Por qué no te aprovechas, querrido Fritz?"

Antonses lo comprendí todo... ¡Ah, pella, herrmosa, buena mujer!

Y ma levante y ma fui a la alaseña y ma comí la media tortilla...

BELORCIO.



CONFIDENCIA, por Demetrio

—Tú tienes la culpa, querida; al marido hay que tenerlo metido en un puño.  
—¡Pero es que yo no tengo en el puño un cabaret!



Si tu novia o tu mujer es del teatro, no la dejes que vaya con malas compañías. Y si no es del teatro, tampoco.

\*\*\*

Si notas en tu hogar una abundancia y un lujo que tú no has sufragado, ponte en guardia. Ponte en guardia y líate a patás con tu señora.

\*\*\*

Si tu chiquitín es incansablemente llorón y no te deja descansar, no te sien-

tes encima de él, atrocidad que seguramente ha de acudir a tu imaginación. Te bastará con taponarle la boca con cemento portland marca "El cordero lechal".

\*\*\*

Si te cruzas con una morena de esas que nada más que verlas te quedas tan idiota que llegarías a pagar al sastre, no la dejes pasar de largo: síguela. El que la sigue, la hace polvo.

\*\*\*

No está ni medio bien que relinches a la vista de una hermosa mujer. Yo creo que con un leve piafar le puedes demostrar tu entusiasmo. Si esto no le hace impresión, ponte de manos.

\*\*\*

Cuando asistas a un partido de balompié, piensa en que los terribles puntapiés que dan los jugadores al chutar los dieran en otra parte. Tan pronto

como lo pienses, te encogerás rápidamente.

\*\*\*

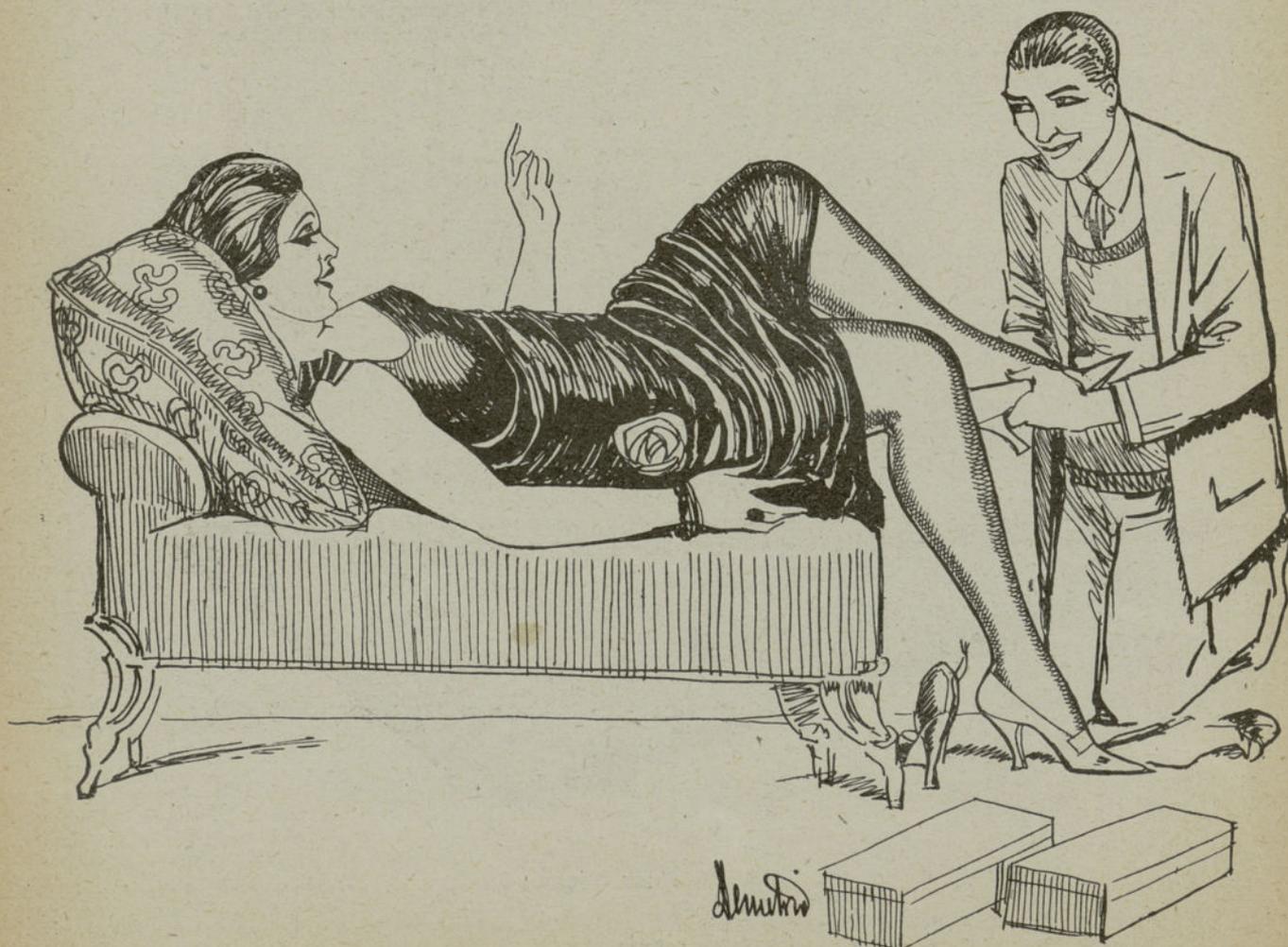
Cuando veas cómo un carretero apalea a una mula rebelde o cansada, aprovecha la ocasión; cierra los ojos y piensa que los palos se los están dando a un mal amigo. Te juro que llega a ser voluptuosa la ilusión.

\*\*\*

Ama a tu sastre entre las principales cosas. Cólmale de agasajos y delicadeza de palabra. Con respecto al pago de la factura, déjate llevar de la primera intención.

### Corresponsales que no pagan

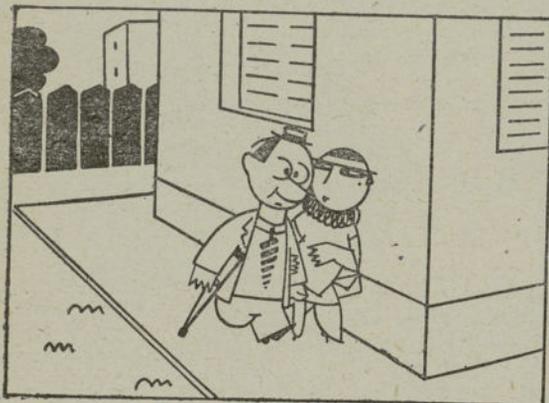
Antonio Berenguer, Elda.  
Pedro Alarcón Cerdán, Albaterra.  
Lorenzo Pintado, Collado-Villalba,  
José Aguilar, Osuna.  
Juan López Olmedo, Morón.  
Deogracias Brito, Arucas.



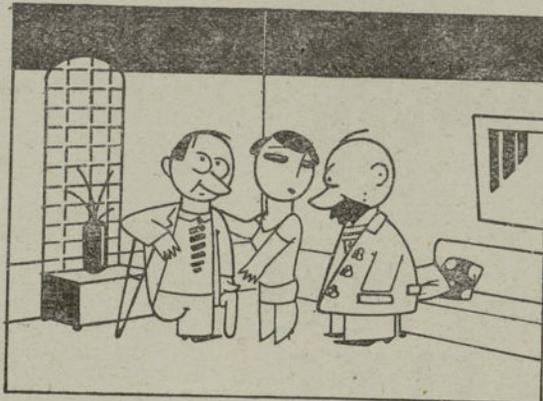
La cliente.—No porque me haga servir en casa va usted a abusar de mí en el precio.

Dib. de Demetrio.

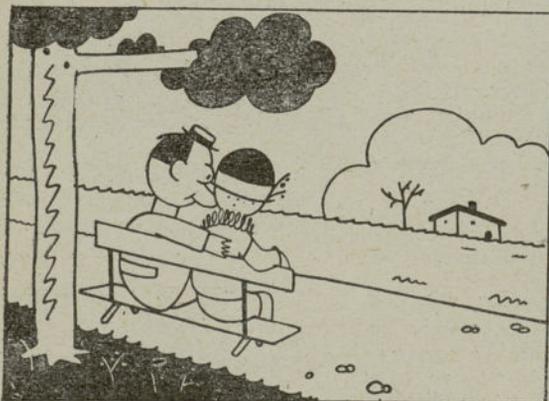
# EL CARIÑO, por Mihura



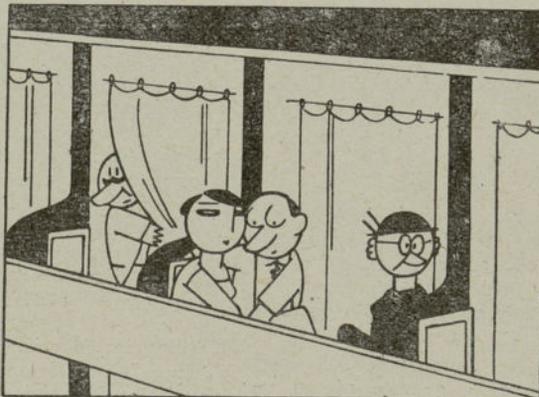
Matías Ruido, a pesar de tener una pierna de menos, tenía una novia que le quería con locura.



No se adora al santo por la peana—decía ella a su padre y a todo el mundo—, y yo quiero mucho a mi novio, a pesar de su defectillo.



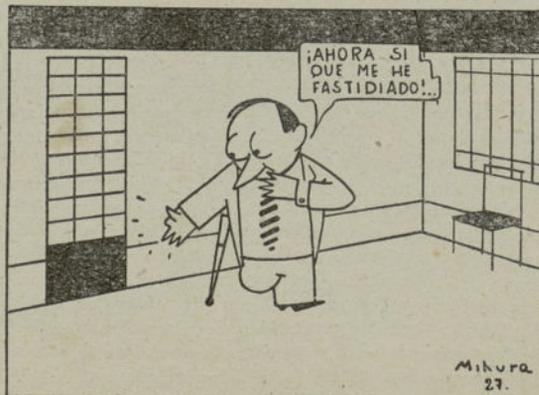
E iba con él a todas partes, sobre todo, a los paseos solitarios, sin importarle que la viesen con el pobre lisiado.



Y adonde no faltaban ni un solo día, era al cine. A ella, ir al cine con su novio, es que la volvía loca de júbilo.



Y por eso le extrañó mucho a su padre, y a todo el mundo, el que la muchacha, a la que no le importaba los defectos físicos y había querido al novio sin una pierna, lo dejase de querer



Mihura  
27.



## CRONICAS CAFRES

¡Alcalaza melaza de la plaza! ¡Que el dios Zalú os facilite la media tostada y que el gran Cuchillas os la pringue! Que los tres eruptos muestren la satisfacción vuestra y la de las mujeres que os soporten, y... que no seáis pesados o acordaos que los cerdos sirven para algo. ¡Salud, charleston y algo de moneda!

Hoy, y por falta de pluma me dispongo a escribir con el pico de una gallina joven, que acabo de matar de una patá en el ponedero, que ha hecho ¡guía! Así es que hoy escribo con la punta del pico de la tobillera del corral.

Me ha dicho un vendedor de gomas recién establecido en esta región que debo hacer crítica; pero yo soy demasiado bruto (léase sincero) para ese menester tan delicado de analizar y luego dar mi opinión.

Así es que seguiré haciendo crónicas ligeras, como purgadas, en las que iré dándoos a conocer la evolución de mi pueblo hacia la civilización. En esta crónica toco el problema del traje y hago una observación que espero me valga vuestro pláceme y un quince de permanganato.

Las autoridades locales, y por presión de las factorías europeas, han impuesto el vestido obligatorio a mis paisanos, los cuales, hasta ahora, no conocían el rubor y se rascaban cuando y donae les placía sin que la consolatriá operación ofendiera el pudor de nadie. Las cafras, ya sabían a qué atenerse con respecto a los futuros maridos y no tenían necesidad, como los europeos, de acudir al cine con sus novios para satisfacer una curiosidad muy legítima. Las mujeres sabían de qué pie cojeaban todos los hombres de la aldea... y el número del calzado. Con el faldellín que nos obligan a llevar ahora, ocurren cosas trágicas, porque los encargaron a una

fábrica europea y los han hecho todos iguales de largos, y aquí viene como un chato de jerez Garvey, la observación de que antes me envanecía justamente.

Ustedes se habrán fijado en que no tiene nada de sorprendente el ver a una persona en su totalidad ante nosotros; y que tampoco tiene nada de particular el que esa persona desaparezca tras un

matorral que lo oculte totalmente. Pero yo pregunto seguro de dar en el clavo. ¿No les chocaría el no ver más que la cabeza de aquella persona?

Espero que las autoridades obliguen a algunos de mis paisanos a que se pongan una cenefa en el faldellín, porque si no, van a empezar los achagones.

KARABA

## Una carta

“Al director de COSQUILLAS.  
Madrid.

Inapreciable y nunca bien ponderado “Incórdiez”: Ahí van unas cuartillas de “abrigo” y acerca de las cuales abrigo la intención de que después de ser juzgadas—por “Tribunal Cosquillesco”—les hagamos un sitio en tu periódico.

Si el fiscal pide para las pobrecitas la pena de ir al cesto, entona un *De Profundis* y deposítalas en buena hora en su caja mortuoria. Este parrafito me ha salido algo tétrico, lo reconozco.

No creas que soy un novel. Con la mano puesta sobre un pañuelo bordado por una tía mía, que viene a corresponder aproximadamente al sitio en que dicen que los mortales tenemos el corazón, puedo darte mi palabra de honor, de que he ganado ya bastantes pesetas escribiendo para un periódico. Sí, señor, escribiendo las fajas de un periódico para diferentes provincias de España.

Ahora te voy a soltar una noticia que te vas a tambalear como un niño “pera” bailando el “charleston”. Tengo yo una vecinita que es lo que se dice una estupidez de criatura, o una mujer de “buten”—que acerca de esto no están conforme los clásicos—, cuenta dieciséis años, una cabeza digna de Diana cazadora y unas pantorrillas que si las llegas a publicar en COSQUILLAS, al día siguiente te detienen por atentado contra la salud pública.

Pues esta adolescente escultural se entusiasma aún con los cuentos de hadas. Bueno, pues el otro día le enseñé un COSQUILLAS, y en cuanto vió tu retrato, me arrancó el periódico de las manos y un grito de sorpresa de los pulmones, al ver su impaciencia, y en seguida, palmoteando, me dijo:

—Fíjate qué gnomo, fíjate qué mono...

Cosa que me dejó algo confuso, pues no sabía a punto fijo si era una exclamación de alegría o un juego de palabras.

Resulta que mi vecina te tomó por un gnomo y se ha enamorado, de una manera vesubiana, de tu sandunguero físico. Me ha dicho que te lo comunico a ver si vienes a hacerle una visita.

Volviendo a mi trabajillo, te diré, para que no me lo tengas que decir luego tú, que es algo lírico y un tanto somnoliento, pero que esto es defecto general y arraigado en la juventud.

Da las más finas expresiones a los

especialistas en formas femeninas de tu revista, un “consejo” amistoso a Díaz Antón, un pellizco a la Revista COSQUILLAS, media libra de bicarbonato en polvos a su zorrilla, y queda—perdona la imitación—tuyo hasta el contrafuerte.

ODAGLED ZEDNANREF

P. S.—Perdona también que eche sobre mi nombre el antifaz del seudónimo—este tropo me lo enviaría García Sanchiz—, y que mande como firma estos apelativos austrohúngaros, pero mi modestia me impide hacer lo contrario.

Vale.

En la ciudad de Murcia, a 9 días de los corrientes (ligeramente trotantes cuando menos).”

Querido Odagled Zednanref: De momento me gusta más tu carta que tu cuento. Permíteme que publique la primera antes que el segundo, y recibe un abrazo (que le puedes endosar a tu vecinita) de tu amigo y servidor,

INCÓRDIEZ



—¿Tienes dos pesetas?

—Sí...

—Préstamelas...

—Las tengo en acciones del “Higo Chumbo”, S. A.

Dib. de Santaballa



PARECERES, por Picó.

La señorita.—¡Cuánto se aprende en un libro!...  
 La doncella.—Según de lo que sea...  
 La señorita.—De amor...  
 La doncella.—¡Creí que era de cocina!

# PARA CONQUISTAR



## A LAS GACHÍS.

Ultimo artículo de la serie, en el que digo la manera de que una cancionista de fama nos llame guapos en su alcoba por la irrisoria cantidad de 7,50 y un puro de a real.

“Si queréis que una mujer os ame no ocultéis vuestros transportes de entusiasmos para con ella. Porque si se ocultan, se pierde su cariño y, en cambio, con los transportes se gana”.—DEL RIEU.

“¡Caray, ya he gastao otro lápiz!”.—DEMETRIO.

“Bueno; qué se le va a hacer. Empezaremos”.—EL AUTOR.

—Por alternar con esa gachí en el canapé de un reservado, era yo capaz de tomar dos cafés en Pombó.

Esta insensatez la ha mascullado el lector al salir del teatro en donde una estrella de la canción frívola hacía rebufnar al respetable público con sus gracias, y digo gracias porque me han dado un pitillo.

Eso lo ha dicho usted en distintas ocasiones, ¿verdad?

Bueno; pues para eso no hace falta hacer barbaridades, amigo.

Usted toma los dos cafés en el sudicho local. A media hora cae en cama con un cefaleo más alta que la Membrives, con un frío de Club Alpino, y al poco tiempo hay un sepelio en su honor; su madre, llorando; los amigos haciendo chistes a costa de su cadáver, y usted no ha conseguido su objeto anhelado y voluptuoso.

Para lograr lo que pretende de la cancionista, es mucho más lógico lo que yo le voy a indicar, rogándole que lo ejecute, porque si no piensa ejecutarlo son ganas de hacerme perder un tiempo precioso que yo necesito para jugar al dominó con una amiga mía muy aficionada a las fichas.

Usted sale a las doce de su casa, da una vuelta por el Prado, aspira el aire, piropea a las buenas damas, y a la hora de alimentarse penetra en el comedor de un buen hotel, se sienta junto a una mesa, pide un menú de siete

pesetas y empieza a deglutir lo que le pongan por delante, excluyendo el mantel y los cubiertos, que son cosas que no nutren.

Y mientras masticaba va usted revisando uno por uno a todos los caballeros que, como usted, coman solos y tengan fama de alojarse en el hotel.

Y al individuo que vea que come menos y que deja los platos con hastiado gesto es al que no debe usted quitar la vista de encima y seguirle, una vez que haya terminado de comer, y el caballero se dirige a su habitación.

Y cuando haya entrado en ésta, usted llama con los nudillos en la puerta y se presenta usted en esta forma:

USTED (Con una sonrisa más fina que la loncha de jamón de un bocadillo de “tupi”).—Caballero, perdone que le moleste, pero le he visto en el comedor y creo conocerle de algo. ¿Usted ha estado en Jaca alguna vez?

EL CABALLERO.—Hombre, sí; por cierto, que terminé con unas agujetas que en tres meses no me pude mover de una mecedora.

USTED.—Perdóneme, pero yo le he preguntado por Jaca, provincia de Huesca, y no por el fiel animalito corredor.

EL CABALLERO.—Entonces, no. Yo en esa antigua ciudad no he estado ni en la cantina.

USTED (Con el gesto más de novela de ladrones que encuentre).—Pues me choca, porque ese señor que está detrás de usted me había dicho que sí. (Y señala detrás del individuo, mientras que disimuladamente saca usted del bolsillo de su americana un cuchillo de cocina de quince centímetros de extensión de hoja.)

EL CABALLERO (Volviendo la cabeza hacia el lugar señalado).—¿Qué señor?

USTED (Aprovechando este momento para clavarle el aludido cuchillo en las iniciales de la camisa).—¡Muere, canalla!

EL CABALLERO (Desplomándose en el parquet).—¡Mi madre! ¡Es usted un asesino!

USTED (Modestamente).—¡Oh, no! Soy un buen aficionado nada más.

EL CABALLERO (Retorciéndose de dolor).—¿Y esa afición le viene a usted de herencia?

USTED.—Hombre, no sé, porque estoy

algo distanciado de mi familia. Pero si le interesa, yo lo preguntaré en casa.

EL CABALLERO (Con una cara espantosa de moribundo).—No. No se moleste. No merece la pena. Era una simple curiosidad.

USTED (Portándose siempre con exquisita corrección, como los verdaderos asesinos de guante blanco).—Le juro a usted que no es molestia. Yo lo haré con muchísimo gusto.

EL CABALLERO.—¡Vaya, no hablemos más de ello! ¿Y se puede saber por qué me ha clavado usted este puñalito?

USTED.—No faltaba más. Es que yo ¿sabe usted? estoy enamorado de “La Malagueña”.

EL CABALLERO (En pleno período agónico).—¡Ah, sí! La conozco. ¡Qué bien canta el cuplé ese de “A mi hermanito se lo llevaron unos gitanos”...

USTED.—Sí, muy bien. Ahora, que canta mucho mejor ése andaluz que dice:

Soy orgullosa,  
soy orgullosa  
porque soy de Sevilla  
¡y olé!  
y ésa es la cosa.

EL CABALLERO (Haciéndose polvo por el entarimado).—Usted perdone, pero el de los gitanos es de mucho más sentimiento.

USTED (Siempre correcto).—Bueno. No discutamos por eso. ¿Cuánto dinero tiene usted en la cartera?

EL CABALLERO (Ya casi cadáver).—Tengo un billete de mil pesetas.

USTED (Con gesto de suficiencia).—Ya me lo había olido yo.

EL CABALLERO.—¡Caramba! ¿Y cómo?

USTED (Presumiendo de psicólogo).—¡Es sencillísimo! La mayoría de los que tiene dinero no tienen apetito y, en cambio, los que tienen apetito no tienen dinero. Y usted hoy en el almuerzo ha comido poco.

EL CABALLERO.—Hombre, eso no es razón, porque podía estar de purga.

USTED.—Si hubiese usted estado de purga no hubiese probado la carne y dejado el pescado, como le he visto ha-



cer. Yo estoy en todo. Y ahora le ruego que acabe de fallecer porque tengo que cogerle la cartera y tengo alguna prisa. Aún no he tomado mi café.

EL CABALLERO.—No faltaba más. Me había distraído con su conversación. En seguida acabo. (Da dos o tres quejidos y extravía la vista. Luego dice:) ¡Hijos, hijos míos, mamá, tía Luisa! ¡Sed buenos! (Fallece.)

USTED (Apoderándose de la cartera del fiambre y poniendo una cara mitad de odio y satisfacción).—¡Mujer; al fin, serás mía!

(Se dirige usted a la puerta y al llegar a ella extiende la vista en derredor, que es una cosa que se debe hacer siempre cuando se acaba de matar a alguien. En seguida debe usted exclamar:) ¡Huyamos!

Y sale usted tranquilamente del local y se va a un café céntrico, en donde escribe en el susodicho billete de mil pesetas estas líneas: "Señorita: ¿A qué hora, sobre poco más o menos, acostumbra usted acostarse? Espero su contestación, algo nervioso."

Y después de meterlo en un sobre y poner las señas de la dama de sus anhelos, se lo envía con un botones, al que da un puro y 0,20 de propina, y

espera usted la contestación, que será buena, como Santa Teresa de Jesús. (Gracias.)

Y yo les juro a ustedes que este es el único medio de disfrutar de las caricias de una señora de esa clase y de que le llame guapo en su propio lecho, porque de no ser así, es más difícil que tocar la gaita con un soplillo.

Yo estuve también enamorado de una bailarina célebre, y después de ensayar todos los medios para conquistarla no tuve más remedio que hacer lo que he dicho; ahora, que dió la casualidad que el señor no tenía en la cartera más que diecisiete pesetas y un escapulario y tuve que mandar al otro mundo a dos caballeros más, cosa que me molestó un poco porque a mí no me gusta abusar más que de las niñas de diecisiete años cuando son guapas y amables. Pero esto fué un contratiempo sin importancia.

¿Qué dice usted? ¿Que vaya una cosa? ¿Que si no hay más remedio que conseguirlo por el dinero a usted no le hace falta despeniar a nadie porque disfruta de esa cantidad?

¡Caramba, hombre! ¿Y usted por dónde vive?

MIGUEL SANTOS

(Ilustraciones de Mihura.)



Leemos en un diario: "El estado del tiempo".

Nos le suponemos guardando cama con la canastera.

\*\*\*

En Valencia ha sido detenida la encargada de la limpieza de un horno de pan por llevarse todos los días del cajón una cantidad que ascendía ya a un millar de duros.

Opinamos que la detención es injusta. ¿Era o no era encargada de la limpieza? Pues si lo era, con más limpieza no lo podía hacer.

\*\*\*

Parece ser que se trata de hacer desaparecer los poéticos cipreses del cementerio de San Martín.

Nos suponemos a los amenazados cipreses en pleno uso de sus funciones, o sean lloronas. Si ahora no cumplen su misión, ¿para cuándo la van a guardar?

No lo anticipamos por molestar; nuestro propósito no es dañino; pero estamos preparando un extraordinario de Carnaval, que va a dejar sin cabeza... de verdad.

### Virilidad perfecta

instantánea, sin medicamentos.  
«SECRETO FAUST», infalible  
¡aun septuagenarios! Envío pliego cerrado, 0,25. Escribid Apartado 1.236. Madrid



UNA ROMANTICA

El.—¡Quiéreme, cielo mío, y te colmaré de dicha!  
Ella.—¡Ay, qué bonito!... ¿Has dicho de dicha?

Dib. de Picó y Bluff.



# Cuentos al oído

A cada uno, lo suyo

El marqués de Buendía tenía de administrador de sus bienes a un bendito de Dios, llamado Sebastián. El administrador tenía por esposa a una mujer meditada en carnes, de ojos reidores, de boca galana, de andar rítmico y de charla amena, insinuante y dulzona. Era su nombre Carmen y, como la de Merimée, si las circunstancias se le hubieran mostrado propicias, hubiese ido por el mundo provocando tragedias y conflictos a su paso. No lo quiso así su destino, y hubo de contentarse con vegetar siempre en el mismo lugarón al lado de Sebastián. ¡Qué remedio!

El marqués no la conoció hasta que ciertos asuntos la llevaron a su casa, en la ciudad. De su visita al prócer tornó Carmen al pueblo con los ojos más encendidos que nunca, con los labios más ansiosos de reír, más suspiradora, más propicia a sentimentales divagaciones; pero, además, con todos los asuntos resueltos según el gusto de su esposo y con un aumento de sueldo para éste. Sebastián, a partir de aquella fecha, esforzose mucho más que antes en servir los intereses del marqués visitando sus posesiones, a veces durante semanas enteras, y sumiéndose sin descanso en los libros, por cuyas páginas su nariz, semejante a un celoso perdiguero, rastrea la más pequeña omisión y el yerro más nimio para acudir en seguida con la enmienda consiguiente.

El marqués, por su parte, no se mostró desagradecido a la infatigable y fiel labor de su administrador. Lo elogiaba donde se presentaba con férvida palabra. No elogiaba de ese modo a su mejor lebré, o a su mejor caballo de carreras.

—Tengo—solía decir—la perla de los administradores. Es un hombre único. Con él estoy seguro de que el lobo no me comerá un corderillo, ni el yegüerizo me distraerá una potranca, ni un grano de trigo siquiera desertará de mis trojes. ¡Sebastián es un caso admirable de honradez! Por nada del mundo dejará de darme cuanto sea mío.

Y remachaba sus elogios a menudo con algo práctico. Llamaba para ello a Carmen o iba al pueblo él mismo, cada vez con mayor frecuencia. Y no había entrevista de los dos de la que no resultase algún brinquito o joyel para la

esposa y algún nuevo beneficio para el trabajador marido. El cual marido, mientras ellos charlaban, solía andar por lianos y montes, por dehesas y sotos, montada la feble figurilla sobre un caballo de buena andadura.

Llegó a establecerse, pues, un verdadero pugilato entre el administrador y su amo, el uno a desvivirse por complacer al otro, y el otro a mostrar su gratitud al uno por mil medios diversos. Carmen, encantada de aquella buena armonía, veía complacida cómo aumentaba su casa en prosperidad. Y, de su íntima satisfacción, le nació una alegría extraordinaria, que fulguraba en sus ojazos negros, que se hacía clavel en sus cabellos y rosa en su bien curvado corpiño, y que, finalmente, acrecía su natural hechizo tornándola toda en melada, tierna, juguetona, con una sana voluptuosidad rezumante y apetitosa. Todos los hombres, a su lado, sentían sed y la miraban como hubiesen mirado a una fresca alcarraza llena de agua cristalina, pendiente de la rama de una umbrosa higuera y goteando sobre la tierra requemada de una manera lenta y musical.

¡Qué cuadro tan delicioso! ¡La administradora guapa, el administrador laborioso y el amo protector!... Espectáculos así no pueden contemplarse con las pupilas enjutas. Lloremos, pues, un tanto conmovidos. ¿Para qué darnoslas de tigre?...

\*\*\*

Tras de varios años de esterilidad, Carmen sintióse súbitamente fecunda.

—¡Es el cielo! ¡Es el cielo! —exclamó Sebastián al saberlo.

Carmen hizo esfuerzos sobrehumanos para convencer a su marido de que no había sido precisamente el cielo el responsable de aquello. Todo, sin embargo, fué inútil. Sebastián, extinguido aquel relámpago de entusiasmo, no se enteró ya de nada ajeno a su administración. Se le veía que era feliz; pero su alegría seguía rutas subterráneas apenas perceptibles.

Llegó el término del embarazo. Carmen dió a luz un niño y murió. Al desatparla en el cementerio, todos los parientes la hallaron todavía hermosa;

hacia el cielo su rostro pálido y un poco doblada la cabeza como una gran anémona tronchada. El marqués estaba muy emocionado también.

Sebastián, aturdido, reclusó en su casa unos cuantos días; pero, después, dedicóse al trabajo con más ahinco que nunca, acaso para hallar en su trajín el beleño del olvido.

Cierta noche, pasados unos meses, hubo de registrar Sebastián un cajón, donde la muerta guardaba sus papeles. De pronto, al leer uno de ellos, palideció intensamente. Dejóse caer en una silla, pasóse varias veces la magra mano por la frente e inclinó la cabeza. Permaneció así unos momentos, hasta que, al cabo de ellos, comenzó a sumar cantidades en un librote de un modo mecánico...

\*\*\*

El marqués, en su despacho, aguantaba una reprimenda de su esposa. La marquesa, de pie, le conminaba con la voz y con los ademanes. Más de cuatro veces hubo de cerrar los ojos, temeroso de que se entrara en ellos el dedo rígido de su esposa. ¿Cuál era el mo-



El.—¡Pero mujer, ya me has sacado quinientas pesetas de extraordinario en el mes!...  
Ella.—¡Pero si es lo único que te puedo sacar!

Dib. de Herreros

tivo del sermón?... ¡Cualquiera! La marquesa era una mujer que se dedicaba al deporte de amedrentar a su marido hasta verlo temblar en su presencia.

Cuando la dama parecía pronta a devorar al atribulado y encogido esposo, un criado anunció:

—D. Sebastián desea verlos...

Los marqueses dieron un brinco de asombro, porque aquella era la primera vez que su administrador los visitaba. Traía éste consigo al niño.

Auenas lo vieron, exclamaron ambos:

—¿Qué pasa, Sebastián?...

Sebastián dejó el haldudo sombrero sobre una silla y, sentado en otra, empezó a acunar al pequeñuelo, que se debatía entre los pañales.

—Pasa—comenzó a decir pausadamente—, pasa... lo que tenía que pasar... Ya saben ustedes, y, sobre todo, usted, señor marqués, lo que he sido siempre para su casa. No me remuerde la conciencia de haberme quedado con un céntimo de usted nunca. No se coció en mi horno pan que no fuese mío, ni se puso tampoco en mi mesa yantar por

mí no sudado... Me viene esta honradez de mis padres. Así fui siempre, así soy y así he de ser hasta que me muera...

Hizo Sebastián una pausa y el marqués, cuyo asombro había ido en aumento con estas palabras, intervino:

—Ya lo sabemos, Sebastián, ya lo sabemos. Lo sabe, además, todo el mundo. Lo que sucede, y estoy seguro que a la señora le ocurre lo mismo, lo que sucede es que no sé a qué obedece el que tú vengas ahora a proclamarlo.

—Muy sencillo, señor marqués—habló de nuevo Sebastián—, obedece a que yo no quiero nada en mi casa que no sea mío y, como ha resultado que este chiquillo no lo es, ahí lo tiene usted que es su padre... ¡A cada uno lo suyo!...

El marqués, fulminado, encogióse en el sillón hasta hacerse un ovillo; la marquesa, en cambio, irguióse semejante a una jirafa, casi hasta dar con la cabeza en el techo; y Sebastián, sin encojerse, ni estirarse, dejó al pequeñuelo sobre una mesa y desapareció discretamente...

JOSÉ A. LUENGO



—¿Y a usted qué motivo la trae por este balneario?

—Vengo en busca de un marido.

—¿Pero si usted ya lo tiene!

—Pues a ése precisamente es al que busco.

Dib. Santaballa



El marido.—¡A este perro le voy a pegar una patada que lo voy a desbaratar!

Ella.—¡Ya te guardarás muy bien!

El.—¿Ya estás defendiéndole? ¡Pues elige entre el perro o yo!

Dib. de Picó y Bluff..

### Correspondencia particular.

M. B.—Tendremos mucho gusto en publicar (como ya lo hacemos) lo *publicable*. Cuando haya ocasión se podrán dar sus dibujos "A través de las paredes".

J. A. C. Madrid.—Esa entrevista se ha hecho hace poco en otra revista. Lo de la novela no tiene nada que ver con nosotros.

Odagled Zed nan ref.—Cuando se pueda se dará.

F. V. H. de P. Barcelona.—Lamentamos mucho no poder complacerle en sus justos deseos.

M. A. V. Valencia.—Es gracioso su capítulo; pero amigo, por ahora, no se puede dar; está escrito en tono demasiado brillante.

L. V. Barcelona.—El momento no es factible para publicar su cuento. Lo sentimos mucho.

A. B. Madrid.—Nos sucede lo mismo con su soneto.

P. T. Madrid.—Como verá hemos dado una cosa. Del resto una no sirve y la otra es kilométrica.

No se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia acerca de ellos. Tampoco se abonarán más trabajos que aquellos solicitados por la Dirección.

## Sobre gustos...

La acción en el salón de té de la Granja del Henar durante el lleno bomba del five o'clock-tea. Es el atardecer de un día soleado de enero. Fuera se oye el trepidar de los autos, el tintineo de los tranvías y el rodar ciclópeo de los camiones. Dentro, un murmullo de colmena, que cubre el ritmo lírico de la orquesta que produce el atontamiento.

Sentados junto al balcón, en mesa de preferencia, Anita y su hermana Clara, dos morenitas de cara Piconiana terriblemente escotadas y terriblemente cortas... de falda nada más. Frente a ellas, Elsa, una rubia ideal con cara de no haber roto un plato en su vida, y a ambos lados, Polito y Alberto, dos pellos plátano de lo más moda reinante con sendos chanchullos y ajustados chalecos de lanilla que se ciñen a sus formas de una forma alarmante.

Elsa.—Mirar quién va en aquel "Buick" (indicando por los cristales un soberbio auto que cruza veloz calle Alcalá abajo).

Anita.—Es Pepita Santías. La verdad es que si a principio de verano le dicen a ella que iba a encontrar un primo como el conde que la llevara a ese tren a veranear y luego la iba a vestir con ese lujo tan estrepitoso, no lo cree.

Clara.—Tampoco yo creí nunca que el conde pudiese encerrar esa cantidad de rumbo. Ustedes le conocen y saben lo tacaño que era cuando andaba tras de mí.

Polito.—Es que con Pepita no anda por detrás, sino por delante.

Alberto. (A Clara).—¿También anda detrás de usted con objeto de llevarla de veraneo?

Clara.—¡Gracioso! ¿Es que me ha confundido usted con semejante cocota?

Alberto.—Quise decir que si la quería llevar de veraneo en viaje de novios...

Elsa.—Este Alberto es muy irónico.

Polito. (Dándose las del gracioso).—¡E imbécil! ¡Lo ha succionado!

Alberto.—Y usted, Elsa, ¿tampoco salió de veraneo sola o acompañada?

Elsa.—No quiso mamá. ¡Como hemos andado tan atareadas preparando el trousseau de boda...

Alberto.—¿De quién? ¿De usted o de su mamá?...

Elsa.—¡Gracioso!

Alberto.—No es ironía, que aún tiene usted una mamá...

Elsa.—¡Alberto!

Alberto.—...una mamá que nadie diría que tiene sus cuarenta... Los lleva muy bien y muy cortos...

Anita.—¿Cómo muy cortos?

Alberto.—Por la rodilla: tobillerita como la hija.

Elsa.—Si sigue usted así, me enfado. Bromas con mamá, no...

Alberto.—Lo siento, porque está para aceptarlas...

Clara.—No le haga caso y sigue. De modo que la boda está encima...

Polito.—Seguramente, tanto como el novio, no.

Anita.—Mira, Polito, también...

Elsa.—Enrique quiere que para febrero...

Alberto.—Eso está bien. Hay que abrigarse.

Anita.—Habrás recibido ya muchos regalos.

Elsa.—Algunos. Mi tío Antonio me ha enviado desde Barcelona un primoroso collar. El hermano de Enrique, una lanzadera y mi tía, la de Bilbao, dos pulseras que valen un dineral.

Clara.—¿Y Joaquín? Ese te hará un regalo principesco. Un amigo como ese de la niñez, casi un hermano, tiene que hacer honor a tan añeja amistad...

Elsa.—Y lo ha hecho ya. Me ha traído de París tres docenas de camisas que debe haberle costado cada una, lo menos, 200 francos.

Alberto.—¡Magnífico regalo! Ya me figuro cómo serán: miniaturas, que apenas si cubrirán lo más precioso; digo, lo más preciso. Porque Joaquín es así

Elsa.—No lo crea usted; parecen batas de largas. Me las ha traído así, porque dice que las cortitas me sientan de un modo demasiado apetitoso... ¡Habrás majadero!

FIDEL PRADO

No es jactancia ni arrogancia... ni lactancia; pero ya verán ustedes qué extraordinario de Carnaval!



Ella.—¿Son ustedes franceses?

Ellos.—¡Oui!

Ella.—Pues díganme que a ustedes les gusta la mar..., anden.

Dib. de Bellón.

## Mala suerte

¿Quieren ustedes que haya sucedido lo que voy a contarles en Panchocigualpa, capital de una república sudamericana? Pues, bien señores; de completo acuerdo. Erase que se era un cabo de las fuerzas del gobierno, hombre que siempre renegaba de su mala suerte, pues, en verdad, la tenía más negra que el *rimmel*. Y claro que era para renegar, pues aun cuando el sueldo que disfrutaban las fuerzas gubernamentales era algo para no sufrir las delicias de la dieta, tampoco se podían permitir el lujo de ciertos gastos superfluos; además nuestro entrañable Mendavia estaba casado y su pequeño haber de cabo le hacía realzar operaciones aritméticas que al reputado Pitágoras le habrían causado neuralgias.

Se decía que la carísima media mandarina de Mendavia le era un si es no es infiel, cosa que dada la cantidad de rumores que sobre el caso corrían le nacían caer, aun en los espíritus más ingenuos, en ligeras sospechas. Pero pese a los dichos ingenuos, la verdad irrefutable era que la casta esposa de Mendavia se la estaba dando con el más mantecoso Villalón.

Una noche Mendavia estaba de servicio en el palacio del Presidente y aunque el día había sido caluroso por obra y gracia de esas bromitas de temperatura que, a veces, da el clima tropical, la noche se había puesto un poco fresca y el cabo sintió cierto malestar, tanto, que decidió escapar en un momento a su casa, cercana al palacio, a recoger su capote.

—Mira, muchacho—ordenó a un subalterno—en un momento voy a casa a recoger el capote; ten cuidado por si viene el teniente, y si pregunta por mí, le dices que estov en... bueno, ya sabes, que me ha sentado mal la cena...

Llegó Mendavia a su casa y para evitarse subir la escalera, llamó desde la calle a su dama.

—¡Va!—replicó una voz un tanto atiplada, que con ligero temblor de sorpresa se escuchó dentro de la casa.

Momentos más tarde una cara de mujer apareció en una de las ventanas.

—Oye, échame el capote, que tengo frío.

Cumplió la esposa la orden y Mendavia, envolviéndose en la abrigo, prenda marchó ligero a su obligación. Bien a tiempo llegó, pues apenas se presentó en el cuerpo de guardia, el teniente giraba su visita de vigilancia.

—¡A la orden de usted, mi teniente!, ¡sin novedad!—aseguró decidido Mendavia, al mismo tiempo que se cuadraba ante el oficial y le hacía el saludo de ordenanza.

El teniente quedó mirando fijamente

al cabo. Algo extraño notaba en la indumentaria de su subordinado.

—Oiga, Mendavia; ¿desde cuando es usted sargento?

Confuso quedó nuestro cabo. Miró su capote y, en efecto, aquellos galones de cabo habían sido reemplazados por otros de clase superior.

El oficial interrogó la causa de aquel cambio; pero Mendavia no podía explicárselo; aquel capote se lo había echado su esposa por la ventana. Gracia le hizo al teniente el lance y parece que al coronel también le causó el mismo efecto, pues correspondían justamente con la presentación del sargento Bermejo, luciendo las insignias de cabo.

Rápidamente el coronel dió fácil solución al sucedido:

—Bueno desde este día el sargento Bermejo pasará a la categoría de cabo, ocupando el lugar que Mendavia deja para ascender a sargento.

Bermejo estaba inconsolable; pero Mendavia se hallaba en una desesperación que, a su lado Espronceda, era un Job de todo a 65.

Nuestro buen Mendavia, llegó a su casa y, requiriendo el *código penas* de más calibre que hallar pudo, fué en busca de su ligera esposa, a la cual vapuleó de lo lindo, al mismo tiempo que lleno de santa indignación apostrofaba:

—¡Idiota, imbécil! ¿Por qué no se te ocurrió citar al comandante?

MIGUEL ANGEL DE PEREDA

*¡Este que preparamos si que será un extraordinario de Carnaval, sin competencia! Para algunos, la sorpresa va a ser de garabaillo.*



JUEGO DE PALABRAS, por Herreros.

—Creo que Luisita ha tenido la "Canastera".

—¡Ca! Lo que ha tenido es que hacer una canastilla.



Las solicitan:

El cabo Francisco Ciruela y los soldados Domingo González Fernández, Fermín Ortega Valladolid, Andrés Hermoso Infante, Miguel García Pozo, Manuel López Franco, Manuel López Catalán, José Rius Moreto, Manuel Carpintero Sánchez, Marcelino González Paraleda, Antonio Gil Prieto, Miguel Alonso Gómez, José Capons Tibau, José Palau Soler, Francisco Estruch Vicente, Francisco Anglada Pralaró, José Gutiérrez Gutiérrez, que Serdán Berjé, Ramón Paura Gari y Antonio García Pellicer. Todos pertenecientes al Regimiento Mixto de Artillería de Melilla, 2.ª Batería de Montaña.

Jesús Fornes Olme, cabo y los soldados Angel Marchante Pescador y Germán Ruiz Asunción, del Batallón de Ingenieros Telégrafos, de Campaña, Estación telegráfica del Zoco el Jemis de Tensaman, Melilla.

José Vega Muñoz, de la Comandancia de Artillería; José R. Mejías, del Centro Electrotécnico; Antonio R. Fuentes y Gabriel Fernández Robles, de la Comandancia de Artillería. Todos hospitalizados en el Hospital Central de Ceuta.

David Morenza, Compañía de Ametralladoras del Regimiento del Serrallo núm. 69, Ceuta.

## POR ESOS «CINES»

*Princesa.*—De éxito grande y merecido puede calificarse la hermosa producción titulada "Los siete pecados capitales".

Al interés, a la emoción y a la gran visualidad fotográfica de esta cinta hay que añadir el doble mérito de estar revelada por el novísimo procedimiento del tecnicolor, sin que por un instante se adviertan en ella las más mínimas deficiencias de ajuste.

*Cine Madrid.*—Otro triunfo más que añadir a la larga e ininterrumpida serie de este favorecido local es la hermosa cinta que la Príncipe Palms presenta con el título de "Sin familia".

Hay en esta cinta, toda ella de una enorme sugestión, escenas tan reales y humanas que con ella sola le basta a la vecina república francesa para recuperar su antiguo prestigio de exquisita productora.

*Centro.*—"Varieté", película de producción netamente alemana, presentada por la U. F. A., es, sin discusión, la

mejor película presentada hasta el momento en España. Por su procedimiento, por su dirección, por su interpretación y por su interés, es digna de cuantos elogios puedan tributársele, y marca una revolución próxima a seguir en el arte del cinematógrafo.

*Royalti.*—Después de "El hombre mosca", la graciosa producción de Harold, se ha proyectado "Paris en cinco días", film que en nada tiene que envidiar al anterior.

*Palacio de la Música.*—Continúa el éxito merecido de "La chica del gato".

*Infanta Beatriz.*—Este hermoso local convertido en cine ha dado a sus habituales "El soldado desconocido", hermoso drama de guerra y amor que acredita el buen gusto de la marca Ernesto González.

*Cine del Callao.*—"La mariposa dorada" (creación de Alma Rubens) y "¿Dónde estuve yo?" (por Reginal Donny), han sido las novedades más salientes de la semana en este hermoso local.

*Pavón.*—"Sin familia", el hermoso cine-drama recientemente estrenado, ha sido acogido en este local con todos los honores del éxito.

*Real Cinema.*—Continúa el éxito de "Carmen".

DELFY



—¿Cuál es la prenda personal que más ruido produce?

—El pañuelo de un individuo que está constipado, porque *sueña mucho*.

\*\*\*

—¿En qué se parece un empleado de palacio a un perro lazarillo?

—En que los dos son p'alaciegos.

\*\*\*

—¿En qué se parecen los artistas del "cine" a los electricistas?

—En que trabajan en la pantalla.



Dib. VORI.

—Es el marido de la baronesa.

—¿Y por qué se han separado?

—Porque él hacía muy mal papel como barón.

Dib. de Gori.



## ALBUM DE BELLEZA

Las estrellísimas del cine  
**Mae Murray**

La linda muñeca, tan mimada por todos los públicos de ambos mundos, es cada vez más femenina y más riquísima. En esta foto aparece en el principal papel de la gran película titulada  
**DEL INTERNADO A LA SELVA**



Concurso de piernas, primeras zonas del muslo y pinreles

*Tú dirás lo que quieras, lector amado; pero estas piernas carnosas, guisadas con arroz estarían como para llegar a la indigestión. Yo no es que me ponga tonto; pero puede que me sirviera tres raciones. Vuestro hasta el bicarbonato, INCÓRDIEZ.*